

Vida intelectual de la Argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Un balance historiográfico[♦]

Paula Bruno*

(CONICET – UBA)

Resumen

Este artículo examina las contribuciones que desde distintas disciplinas se han ocupado de la vida intelectual del cambio de siglo en Argentina. El trabajo propone organizar los aportes sobre el período de acuerdo a cinco grandes intereses: 1) la “generación del ‘80”, 2) la recepción de la corriente positivista y el florecimiento de una “cultura científica”, 3) el nacionalismo y la cuestión nacional, 4) el Estado como dispositivo de control social, y 5) la profesionalización de las disciplinas. En conjunto, el trabajo aporta una perspectiva panorámica y un balance de las principales investigaciones sobre el período en cuestión.

Palabras clave: vida intelectual argentina - generación del ‘80– positivismo argentino – cuestión nacional - profesionalización

Abstract

This article examines the contributions that different disciplines have outlined on the intellectual life of the turn of the century Argentina. The paper proposes to organize the production on the period in five major themes: 1) the so called “generación del ochenta”, 2) the reception of positivism and the emergence of a “scientific culture”, 3) nationalism and the national question, 4) the State as a

* Este trabajo forma parte del estudio introductorio de Bruno, P. (2009) *Figuras y voces intelectuales de la Argentina de entre-siglos: Eduardo Wilde, José Manuel Estrada, Paul Groussac y Eduardo Holmberg*, Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2009. Una versión de la misma se publicó recientemente: Bruno, P. (2011) *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época, 1860-1910*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

♦ Me vi beneficiada por los comentarios de Leandro Losada, Darío Roldán y Pablo Balán. Les agradezco su ayuda para mejorar el trabajo.

* Doctora y profesora en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y Magíster en Investigación Histórica por la Universidad de San Andrés. Es miembro de la Carrera de Investigador Científico del CONICET con sede de trabajo en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”. Sus áreas de especialidad son la historia de los intelectuales y de las elites culturales y el género biográfico. Es autora de *Paul Groussac. Un estratega intelectual, Travesías intelectuales de Paul Groussac, Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época, 1860-1910*.

device devoted to social control, and 5) the professionalization of intellectual activity. Overall, the paper provides a panoramic view of the main theses and perspectives on the period.

Keywords: Argentinean intellectual life - generation of the 80s - Argentinean positivism - national question – professionalization

Introducción

Existe consenso a la hora de señalar que el período de la historia del país abierto en 1880 -año en el que se concretó la federalización de Buenos Aires y Julio Argentino Roca asumió su primer mandato- dio paso a una nueva era. Desde entonces se sucedieron profundas transformaciones. Irrumpieron en escena nuevos actores y perfiles de singulares personalidades se instalaron en despachos políticos y ámbitos intelectuales para propulsar acciones renovadoras que dejaron sentir sus efectos en todas las esferas, mientras la Argentina se insertaba en el escenario mundial con un rol definido. Puertas adentro el país se organizaba en torno a los principios de la paz, el progreso y el orden, que cristalizaban en medidas concretas y proyectos diversos.

La historiografía, la crítica literaria y otras disciplinas afines han transitado con asiduidad el período. Entre las zonas temáticas y las opciones metodológicas y conceptuales más recurrentes para esa exploración sobresalen cinco: 1) el uso de la expresión “generación del ‘80”, 2) los climas de ideas atravesados por el positivismo y la cultura científica, 3) la cuestión nacional y el nacionalismo, 4) las relaciones entre Estado y control social, y 5) la profesionalización de las distintas disciplinas. En cada una de estas franjas interpretativas se delinearon distintas caracterizaciones de los intelectuales finiseculares destinadas a tener una perduración considerable.

El propósito del presente escrito es revisar las líneas de producción académica arriba enunciadas a través de un balance y una evaluación bibliográfica, con el objeto de examinar las lecturas predominantes en distintas disciplinas sobre los intelectuales de la Argentina del cambio de siglo y sus representaciones. Cabe aclarar asimismo que, aunque se realiza aquí un esfuerzo por “inventariar” los aportes revisados –como en todos los balances bibliográficos-, en algunos de ellos conviven inquietudes que por razones de orden expositivo fueron expuestas por separado. Queda abierto el desafío para que balances posteriores problematicen las líneas propuestas en esta presentación panorámica de una variada bibliografía.

Los usos de la expresión “generación del ‘80”

Hasta hace poco más de dos décadas, la bibliografía concentrada en el estudio del fin de siglo argentino priorizaba las consideraciones generales sobre los hombres públicos de la época encuadrándolos en una denominación evocada con insistencia: la “generación del ‘80”. La idea de “generación del ‘80” se forjó en el largo plazo y devino una fórmula sintética para referir a la época histórica signada por la consolidación del Estado, la construcción de la nación y la modernización del país.¹

Fue aproximadamente en el período comprendido entre 1920 y 1950 cuando se configuró y se estabilizó una definición para este colectivo. En las obras que intentaron trazar genealogías de las tradiciones intelectuales argentinas, los primeros usos de la

¹ Para un examen de los usos de esta denominación, cfr. Bruno, P. (2007) “Un balance acerca del uso de la expresión *generación del ‘80* entre 1920 y 2000”. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales* 68: 117-161.

expresión “generación del ‘80” tuvieron una función descriptiva. Autores como Ricardo Rojas o Jorge Max Rohde caracterizaron a los miembros de esta agrupación como hombres ligados al mundo de las letras, porteños y adeptos a las modas literarias y estéticas europeas. Hasta 1950 el elenco generacional se mantuvo relativamente estable: Eugenio Cambaceres, Lucio V. López, Martín García Mérou, Julián Martel, Manuel Podestá, Lucio V. Mansilla, Santiago Estrada, Miguel Cané, Eduardo Wilde, José S. Álvarez (Fray Mocho).² Por su parte, el uso de la expresión no era excluyente: convivía con otras denominaciones tales como “generación de Juvenilia”, “los modernos”, “los ensayistas”.

La idea de “generación del ‘80” se circunscribía a un fenómeno porteño encarnado en actores con el tiempo suficiente para disfrutar del ocio en todas sus manifestaciones, entre ellas la literatura. Los calificativos utilizados más frecuentemente para esta generación connotan cierta subordinación o papel secundario en la historia argentina (“generación hija”, “generación de príncipes”, “hijos de los organizadores de la República”) o intentan dar cuenta de su fugacidad o incapacidad para desempeñar un rol histórico (“generación decapitada”, “generación disconforme”, “generación descontenta”).³

Entre 1920 y 1950 entonces, la idea de “generación del ‘80” no llegó a tener el suficiente arraigo como para teñir las explicaciones sobre procesos del tránsito del siglo XIX al XX. Por su parte, el criterio generacional era utilizado sólo en el marco de la literatura o de la historiografía literaria y convivía con otras expresiones.⁴

Fue durante la década de 1960 que se añadieron elementos para definir su significado histórico y cristalizó una definición que se mantuvo con notable vitalidad a lo largo del tiempo.⁵ Cinco producciones, disímiles entre sí y hoy consideradas clásicas, dieron forma

² Cfr. Rohde, J. M. (1924-1926) *Las ideas estéticas en la literatura argentina*. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora, tomos III y IV, y Rojas, R. (1957 [1922]) *Historia de la Literatura Argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata, Los modernos II*. Buenos Aires: Guillermo Kraft Limitada.

³ Estas caracterizaciones pueden encontrarse en Giménez Pastor, A. (1926) “Los del 80”. *Verbum. Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras*. 370-376; Mujica Láinez, M. (1986) “Aspectos de la Generación del ‘80”. *Sur* 358: 125-145 (reproducción de dos textos aparecidos en *La Nación* los días 10/12/1939 y 24/12/1939) y Gálvez, M. (2002 [1944]) *Recuerdos de la vida literaria (I). Amigos y maestros de mi juventud. En el mundo de los seres ficticios*. Buenos Aires: Taurus.

⁴ En la pionera obra panorámica sobre la historiografía argentina de Rómulo Carbia, el rótulo de “generación del ‘80” no ordena la información acerca de quienes practicaron los quehaceres históricos en el período comprendido, en líneas generales, entre 1870 y 1910. Cfr. Carbia, R. (1939 [1925]) *Historia crítica de la historiografía argentina. Desde sus orígenes en el siglo XVI*, La Plata: Universidad de La Plata.

⁵ En algunos casos, la perdurabilidad de esta definición se mantuvo a pesar de sus propios mentores. Años después de publicar el artículo afamado que aquí se comenta, Ezequiel Gallo realizó una autocrítica en relación con la idea de pensar en la existencia de un proyecto generacional sistemático, además de apuntar una serie de falencias metodológicas que desde su perspectiva presentaba el texto comentado. Cfr. Gallo, E. (1990) “Historiografía política”, en *Comité Internacional de Ciencias Históricas. Comité Argentino, Historiografía argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*. Buenos Aires: CICH, pp. 327-338. La referencia particular sobre este tema en p. 330.

a esta definición: las de Thomas McGann,⁶ David Viñas,⁷ Noé Jitrik,⁸ Ezequiel Gallo, Oscar Cornblit y Alfredo O'Connell⁹ y José Luis Romero.¹⁰

En la obra de McGann se define a la “generación del ‘80” como “un grupo dirigente de terratenientes y de abogados, de mercaderes y de estadistas [que] construyó la Argentina del siglo XX”.¹¹ Se trata del elenco político que rodeó a Julio A. Roca y que llevó adelante “el nuevo liberalismo [que] ya no era una doctrina radical, sino un escudo protector de los privilegios de una aristocracia”.¹² El autor utiliza las expresiones “aristocracia argentina”, “casta dominante cerrada” y “oligarquía argentina” como sinónimos de “generación del ‘80”. Si bien su listado incluye figuras como Eduardo Wilde, Carlos Pellegrini, Martín García Mérou y Lucio V. Mansilla, el prototipo del hombre de esta generación es para McGann el autor de *En Viaje*: “La vida pública de Cané encierra esa íntima relación entre la política y las letras que caracterizaba a los aristócratas liberales de esa época y que aún se la encuentra en América Latina en alto grado”.¹³ La trayectoria vital de Cané habría cumplido con todas las postas clásicas del *cursus honorum* de la “aristocracia argentina”: hijo de padre exiliado durante la dictadura rosista, estudios en el Colegio Nacional, graduado como abogado en la Universidad de Buenos Aires, periodista de diarios porteños prestigiosos, diputado, Director de Correos y Telégrafos, ministro, senador, diplomático, redactor de la Ley de Residencia y, como digno final, entierro en el cementerio de la Recoleta.

McGann destaca que los hombres de la elite conformaban una casta regida por pautas de conducta y hábitos precisos:

*Los aristócratas argentinos estaban ligados por la sangre, la historia y la vida rutinaria que llevaban. Los mismos caballeros que por la mañana descabezaban un sueño durante el Te Deum, sentados en su silla de felpa roja, colocadas en dos filas, frente a frente, a lo largo de la nave principal de la Catedral, y que se saludaban ceremoniosamente cuando sus carruajes se cruzaban por la tarde en Palermo, esa misma noche cenaban y bebían juntos en el elegante Jockey Club y continuaban sus discusiones a la mañana siguiente en los salones de uno de sus otros dos clubes: el Congreso de la Nación o la Bolsa de Valores.*¹⁴

Queda delineado así un nítido perfil sociológico que hizo eco: varias obras fundamentales de la década de 1960 reforzaron en sus páginas elementos ya esbozados en los textos del historiador estadounidense.¹⁵ En 1964 se publicaba el hoy célebre *Literatura argentina y realidad política* de David Viñas. En el tomo titulado *Apogeo de la oligarquía* aparecen condensadas las ideas del autor acerca de los hombres del ‘80, especialmente en dos de sus párrafos: “Mansilla: clase, público y clientela” y “Los *gentlemen*-escritores y la profesionalización de la literatura”.

⁶ McGann, T. (1960) *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano, 1880-1914*. Buenos Aires: Eudeba.

⁷ Viñas, D. (1975 [1964]) *Literatura argentina y realidad política. Apogeo de la oligarquía*. Buenos Aires: Siglo Veinte.

⁸ Jitrik, N. (1998) *El mundo del ochenta*. Buenos Aires: Editores de América Latina. (Publicado por primera vez como estudio introductorio de la antología *El 80 y su mundo, presentación de una época* (1968). Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez).

⁹ Cornblit, O., E. Gallo, y A. O'Connell (1962) “La Generación del ‘80 y su proyecto: antecedentes y consecuencias”. *Desarrollo Económico* 1 (4): 5-46. Republicado con idéntico título en Di Tella et al. (1965) *Argentina, sociedad de masas*. Buenos Aires: Eudeba, pp. 18-58.

¹⁰ Romero, J. L. (1987 [1965]) *Las ideas en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

¹¹ McGann, *op. cit.*, p. 9.

¹² *Ibid.*, p. 73.

¹³ *Ibid.*, pp. 78-79.

¹⁴ *Ibid.*, p. 83.

¹⁵ A las obras que aquí reseñamos (de David Viñas y Noé Jitrik) se puede sumar otra que utiliza similares referencias para pensar en los hombres del ochenta: Onega, G. (1965) *La inmigración en la literatura argentina, 1880-1910*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

En las páginas dedicadas a Mansilla, Viñas traza un perfil de los hombres públicos del '80 que destaca la naturalidad con la que asumían su predominio en los destinos del país: "nada de extraño tiene, pues, que en la perspectiva de Mansilla como en la de los otros *gentlemen* del '80 oligarquía y 'alma nacional' se identifiquen".¹⁶ Por su parte, y en el mismo tono que McGann, puntualiza la existencia de una casta que practicaba ciertos rituales:

*El gentleman escritor habla para los de su clase, escribe para ellos, convive con ellos en recintos con determinadas características: desdeñoso de la plaza y la tribuna (o temeroso e inseguro, pero haciendo de la necesidad una virtud) el gentleman del 80 opta de manera creciente por el parlamento o el club; lógicamente, el primero entendido como otro club; ésa es su zona de dominio indiscutida, homogénea y de repliegue y allí se reencuentra con sus iguales y sus garantías.*¹⁷

Viñas postuló la existencia de una "élite intelectual argentina tan homogénea como lúcida y despiadada hasta la complicidad" que compartía sus rasgos con los hombres de la política.¹⁸ Sin embargo -y éste es un tópico de su obra que fue escasamente atendido-, al referirse a Mansilla, Cané y Wilde concluye que ellos habrían tenido un lugar secundario con relación a los hombres de las primeras líneas políticas del período.¹⁹ Una misma clase social, entonces, podía presentar fragmentaciones y perfiles disímiles en su interior.²⁰

En 1968 Noé Jitrik publicó *El 80 y su mundo*. Se refiere allí a la "generación del '80" como el grupo de dirigentes políticos e ideológicos del liberalismo roquista. Estos hombres habrían ejecutado un plan renovador en tres frentes: el político, el social y el económico. Respondían -argumenta el autor- a algunas categorías principales: la del "político" y la del "codificador". Jitrik destaca la carga ideológica de la literatura y el rol de la escritura como rasgo eminente de la expresión política. Surge en esta etapa una "literatura oficial", cuya finalidad principal habría sido respaldar el orden impuesto para convertirlo en "homogéneo y perfecto". Desde el punto de vista social, este grupo habría estado definido por la distinción social exteriorizada en signos emblemáticos que le permitieron proyectar una imagen ante el resto de la sociedad: "la distinción engendra un tipo social muy característico del 80, el 'dandy', y un ámbito adecuado, el 'club'".²¹

En el marco de la historiografía, en 1962 se publicó por primera vez el artículo de Cornblit, Gallo y O'Connell que enarbolaba desde su título la pretensión de analizar un proyecto generacional. Los autores pretendían describir "el contorno real en el que se desarrolló la práctica política de la generación del '80".²² De este modo, consideran que hacia el ochenta se conjugaron dos elementos cruciales para el desarrollo del país: la configuración de ciertas condiciones estructurales e institucionales y la voluntad explícita de un grupo que propulsó un proyecto para acelerar los ritmos de desarrollo.

¹⁶ Viñas, *op. cit.*, p. 25.

¹⁷ *Ibid.*, p. 35.

¹⁸ *Ibid.*, p. 102.

¹⁹ Viñas apunta en este sentido: "Las relaciones de los arquetipos intelectuales del 80 con el grupo gobernante que pertenecen a ese grupo pero viven marginalmente, su proximidad a Roca o Pellegrini pero sin participar de su ejecutividad, el sentirse superiores pero condenados a segundones por esa misma causa, en la misma proporción explica su estilo, sus reticencias, su soledad, su elegíaca vuelta hacia el pasado y su ropa, se ligan con sus funciones, su ocio, su aburrimiento y la convicción de su fracaso". Viñas, *op. cit.*, pp. 102-103.

²⁰ Puede verse al respecto Bruno, P. (2010) "Segundones cómplices. Acerca de la lectura de David Viñas sobre los *gentlemen*-escritores del Ochenta". *Prismas. Revista de historia intelectual* (14): 183-186.

²¹ Jitrik, *op. cit.*, p. 69.

²² Cornblit, O. E. Gallo y A. O'Connell, art. cit., p. 5.

El segundo aporte historiográfico de la década del sesenta es el libro de José Luis Romero -publicado en 1965- titulado *El desarrollo de las ideas en la Argentina del siglo XX*.²³ Según Romero la acción de la “generación del ‘80” habría estado signada por un progresismo liberal que dejó su huella en la política, la economía y el mundo de las letras y que logró plasmar un “sentimiento colectivo” al enarbolar la esencia del espíritu de la época. Sin embargo, ella no habría respondido a un proyecto sistemático sino que habría estado acompañada por cierto conformismo: “la nueva oligarquía se dejó mecer indolentemente por la vida porque dio por sentado que el proceso que sus padres habían desencadenado y guiado correspondía a la naturaleza de las cosas y no necesitaba la constante corrección del rumbo”.²⁴

Un primer rasgo que unifica las contribuciones revisadas es la manifestación de una intención antes ausente: la de definir a la “generación del ‘80” en términos de clase o grupo social. Las diferencias aparecen a la hora de especificar con qué estrato se la debe identificar. Para Romero se trataba de una versión renovada de las clases dirigentes de las décadas anteriores, calificable como una “nueva oligarquía”. Por su parte, miradas más lineales y prácticamente ahistóricas -como la de McGann- optaban por el rótulo de “aristocracia”, entendida como el bloque de políticos-intelectuales que gobernó la Argentina desde 1880.

Una segunda característica que se delineó en estos años encuentra su justificación en la intención de dar cuenta del “proyecto” de la “generación del ‘80”. La “generación del ‘80” dejaba así de ser una camada hija para ser una generación de padres fundadores. Su proyecto se identificó en algunos aportes con la intención de una clase de perpetuarse y subordinar al resto de la sociedad y, en otros, con las pretensiones de un grupo de conducir al país a su modernización difundiendo las bondades del progreso. Modernizadores o conservadores, oligarcas o aristócratas, improvisados o expertos, los hombres que componían el elenco de la “generación del ‘80” habrían cumplido un rol fundamental consistente en signar la historia del país en todas sus esferas.

Así, desde la década de 1960 se produjeron varias ampliaciones del rótulo “generación del ‘80”. A partir de su consideración como un grupo con proyectos de dimensiones nacionales, la lista de miembros de este colectivo se extendió nominal y geográficamente. El concepto pasó a tener, como el roquismo, proyecciones nacionales. Además de personajes del resto de las provincias (quizás los más mencionados son Joaquín V. González -nacido en La Rioja- y, obviamente, Julio Argentino Roca), se incorporaron a los listados nombres menos obvios, como el de Paul Groussac²⁵ y Lucio V. Mansilla, quien se convirtió en una figura prototípica para caracterizar a los hombres del ‘80.²⁶

El rasgo más notable de estos aportes es que sugirieron la imagen de una fusión del plano de la cultura con el de la política. La “generación del ‘80” pasó así a ser un grupo que nucleaba a intelectuales y hombres de acción, ya sea que se entienda que estos roles

²³ Pese a que la obra apareció en 1965, venía gestándose desde comienzos de la década de 1950. Así lo destaca Luis Alberto Romero en la “Nota preliminar” que se encuentra en Romero, J. L. (1987 [1965]) *El desarrollo de las ideas en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, p. 7.

²⁴ *Ibid.*, p. 18.

²⁵ Sobre Paul Groussac y su trayectoria intelectual puede verse Bruno, P. (2005) *Paul Groussac. Un estratega intelectual*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica/UdeSA.

²⁶ Este hecho llama notablemente la atención porque Mansilla pertenece a un segmento etario diferente (nacido en 1831, fue entre 15 y 20 años mayor que el resto de los actores que aparecen recurrentemente en las listas de la “generación del ‘80”). Excede los límites de este trabajo ahondar en el perfil de Lucio V. Mansilla. Puede verse al respecto Molloy, S. (1980) “Imagen de Mansilla”, en Ferrari, G. y E. Gallo (comps.) *La Argentina: del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 745-759.

eran desempeñados por segmentos diversos del elenco dominante o como dos caras de las mismas figuras. De cualquier manera, intelectuales-políticos con un alto grado de lucidez y claridad ideológica pasaron a ser los prototipos de una generación hacedora del Estado y la nación. El conjunto de miradas consolidadas en estas décadas evidencian cierta forma de conceptualizar el rol histórico y la acción política de los intelectuales propias de los años sesentas.²⁷

En la década de 1970 –más específicamente durante la dictadura- esta forma de concebir a los “dandypolíticos” argentinos sufrió una torsión. Es probable que el clima de oscurantismo intelectual impuesto por la dictadura imposibilitara la continuación de los caminos emprendidos en los sesentas. Pese a ello, entre 1975 y 1983 se publicaron tres libros abocados en su totalidad a la “generación del ‘80”: *Católicos y liberales en la Generación del ‘80*, de Néstor Tomás Auza,²⁸ *Cómo fue la Generación del ‘80*, de Hugo Biagini²⁹ y *La generación del ochenta. Su influencia en la vida cultural argentina*, de Hebe Campanella.³⁰ En ellos, los temas vinculados con las corrientes de ideas encarnadas por la “generación del ‘80” tienen un lugar privilegiado. Se abandonaba así la intención de rastrear proyectos y planes de la “generación del ‘80” -ejercicio favorito en los sesentas- pero se apostaba a focalizar la atención en el plano de las ideas y no en el de la acción de la misma.

Algunos comentarios sobre los tres libros mencionados. La innovación del libro de Auza es doble, puesto que incorpora personajes católicos a las filas de una generación considerada en las décadas anteriores como excluyentemente materialista, laica y secularizadora, al tiempo que amplía el ámbito geográfico del análisis incorporando el rol de los hombres públicos del ochenta en otros centros urbanos, principalmente en Córdoba. Biagini se ocupa de rastrear las implicancias del uso del rótulo de “progreso” como parámetro organizador de todas las esferas de la Argentina de entonces y rastrea el tópico del “indigenismo” en los textos de la época. Campanella, por su parte, examina la validez del método generacional, la realidad sociopolítica y temas vinculados con el ámbito de las ideas y la cultura.

Además de estas tres obras enteramente destinadas a las ideas de la “generación del ‘80”, en un momento de auge de los estudios sobre su momento histórico (quizás propiciado por el centenario de esa fecha considerada fundacional) se publicaron trabajos hoy clásicos sobre el cambio de siglo,³¹ evaluaciones o estados de la cuestión,³² libros celebratorios y conmemorativos,³³ textos críticos

²⁷ Cfr. Sarlo, B. (2001) “Estudio preliminar”, en *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires: Ariel, pp. 80-105 y Terán, O. (1991) *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

²⁸ Auza, N. (1975) *Católicos y liberales en la Generación del ‘80*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.

²⁹ Biagini, H. (1980) *Cómo fue la Generación del ‘80*. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra.

³⁰ Campanella, H. (1983) *La generación del ochenta. Su influencia en la vida cultural argentina*. Buenos Aires: Tekné.

³¹ Recuérdese que en este momento se publicaron estudios fundamentales para analizar la historia argentina del pasaje del siglo XIX al XX. Me refiero a *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, de Natalio Botana, publicado por vez primera en 1977, a *El progreso argentino* de Roberto Cortés Conde, editado en 1979, y al volumen colectivo *La Argentina: del Ochenta al Centenario*, compilado por Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo y publicado en 1980.

³² Cfr. Botana, N. y E. Gallo (1980) “El ochenta, lo que queda por hacer”. *Todo es Historia* 163: 35-37; Biagini, H. (1987) “¿Qué le dio? La Generación del ‘80”. *Todo es Historia* 242: 172-176; Etchepareborda, R. (1978) “La estructura socio-política argentina y la generación del ochenta”. *Latin American Research Review*, 13 (1): 127-134; Romano, E. (1980), “Colisión y convergencia entre los escritores del 80”. *Punto de Vista* 3 (10): 6-13.

³³ Por ejemplo, Rodríguez-Alcalá, H. (ed.) (1980) *On the Centennial of the Argentine Generation of 1880*. Riverside: Latin American Studies Program of the University of California.

que pensaron a la “generación del ‘80” como punto de origen de la crisis en la que estaba sumido el país³⁴ y otros escritos que también concentraron la atención en los aspectos intelectuales de la “generación del ‘80”.³⁵

En el plano de la crítica literaria, siguieron resonando los ecos de las obras anteriores reseñadas de Viñas y Jitrik. En este punto, es justo resaltar la novedad y la originalidad de *Indios, ejército y frontera* de Viñas, que colocó en la agenda un tema olvidado o eludido: el de la “expansión territorial” y sus costos humanos como parte de la acción de la generación considerada la formadora del Estado y la nación en Argentina.³⁶

Positivismo y cultura científica

Existe en la actualidad consenso en señalar la convergencia de tendencias de cuño diverso en el ideario latinoamericano inscripto en el campo que Oscar Terán denominó la “cultura científica” -con referencia al caso argentino-. Convergián en ella el evolucionismo biológico de Darwin, el evolucionismo social de Spencer, las teorías de corte determinista de Taine, la criminología positivista italiana de Lombroso, Ferri y Garófalo, el monismo materialista de Haeckel y las teorías sociopsicológicas de Le Bon y Tarde, entre otras líneas interpretativas.

Conceptos como progreso, evolución, raza, lucha por la vida, selección natural, organismo y enfermedad social, leyes, estadios humanos inferiores y superiores, determinación biológica y términos y metáforas afines, convivieron en las obras de diferentes intelectuales que dieron cuenta de fenómenos sociales, políticos, culturales y económicos en términos de explicaciones causales, deterministas y monistas. La ciencia, entendida en un sentido amplio, se convirtió en la proveedora de legitimidad de discursos y representaciones, y sus categorías fueron trasladadas a análisis de diversos aspectos de la realidad, como la psicología, la sociología y la historia.³⁷

La interpretación de las vertientes positivistas y su aplicación o recepción en ámbitos académicos y extra-académicos argentinos fue una empresa en la que convergieron historiadores de la ciencia, filósofos, historiadores de la filosofía y sociólogos.³⁸ Puede proponerse una cronología. Hasta aproximadamente la década de 1950 el interés por el positivismo fue el dominio exclusivo de los historiadores del pensamiento filosófico. A partir de entonces, las lecturas de representantes de esta corriente comenzaron a convivir con estudios ligados a la sociología histórica y a la historia cultural y de la ciencia. En torno a las décadas de 1970 y 1980 -en un movimiento análogo al que se señaló para la “generación del ‘80”- fue la tendencia a estudiar el plano de los climas culturales la que se abocó a

³⁴ En este sentido, pueden consultarse De Olaso, E. (1980) “Notas para una discusión sobre la cultura del ochenta”, en Ferrari, G. y E. Gallo, *op. cit.*, pp. 697-705, y Montergous, G. (1985) *La generación del ‘80 y el proceso militar*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

³⁵ Weinberg, F. (1980) “El pensamiento de la generación del ‘80”. *Cuadernos del Sur* 13, p. 19.

³⁶ Cfr. Viñas, D. (2003 [1982]) *Indios, ejército y frontera*, Buenos Aires: Santiago Arcos.

³⁷ Cfr. Barbano, F. et al (1992) *Sociología, storia, positivismo. Messico, Brasile, Argentina e l'Italia*. Milán: Franco Angeli. Una muestra de la variedad de opciones que se inscriben en esta línea se encuentra en los estudios reunidos en Biagini, H. (comp.) (1985) *El movimiento positivista argentino* Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

³⁸ Cfr. Martínez de Codes, R. (1988) “El positivismo argentino: una mentalidad en tránsito en la Argentina del Centenario”. *Quinto centenario* 14: 193-228.

escudriñar las ideas positivistas.

Suele identificarse a Alejandro Korn como el estudioso pionero del positivismo en Argentina. En su *Influencias filosóficas en la evolución nacional* presentó, con la intención de trazar una historia de las ideas filosóficas del país, una cronología del positivismo nacional. Korn se refiere allí a distintas cohortes positivistas: la generación del '37 (con Alberdi a la cabeza), la generación post-Caseros y la generación del ochenta (a la que divide entre "universitarios" -José María Ramos Mejía, Eduardo Holmberg, Juan Agustín García, Luis María Drago y otros- y "normalistas" -en tanto miembros de la Escuela del Paraná, Víctor Mercante, Rodolfo Senet, y Alfredo Ferreira-. La figura de José Ingenieros, por su parte, aparece tratada como epítome de esta corriente de ideas y a la vez como propulsora de las primeras críticas sobre ella. Korn destaca que la camada de hombres públicos del ochenta: "[estaba] familiarizada con los grandes sistemas de la filosofía positivista [que] no vio en estos sino la confirmación del pensamiento alberdiano y desconoció la necesidad de superarlo."³⁹ Al proponer esta cronología, Korn señala que "el positivismo argentino es de origen autóctono; sólo este hecho explica su arraigo [...] Cuando tuvimos noticias del sistematizado positivismo europeo, el nuestro era viejo".⁴⁰

Otras revisiones posteriores a la de Korn, como la publicada en la década de 1960 por Juan Carlos Torchia Estrada, vincularon de manera más circunscripta el positivismo con el momento histórico del ochenta. En este sentido, Torchia Estrada apunta que la mezcla de elementos transformistas, positivistas y científicistas predominó entre los hombres del ochenta.⁴¹ Por su parte, Diego Pró destaca que fueron los hombres del ochenta los que introdujeron el positivismo en el país y resalta sobre todo la influencia de Herbert Spencer y del evolucionismo biologicista (Lamarck, Haeckel y Darwin) entre los graduados de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.⁴²

Desde fines de la década de 1950 y hasta 1970 un conjunto de obras que analizan corrientes de ideas en contextos latinoamericanos sumaron una perspectiva renovadora, con marcas más históricas y sociológicas que las presentadas hasta ahora. En este marco, el positivismo pasó a ser objeto favorito para detectar particularidades de los climas intelectuales latinoamericanos.

En esta línea, Leopoldo Zea propuso una lectura de las culturas hispanoamericanas como "culturas sobrepuestas", señalando que en ellas se sobreañadieron -desde tiempos de la conquista y no siempre en forma armónica- rasgos culturales autóctonos con otros provenientes de Europa. Zea y otros representantes destacados de la intelectualidad de su época -como Francisco Miró Quesada, Arturo Ardao, Francisco Romero, Ángel Rama, Carlos Rama y José Luis Romero- se propusieron analizar el bagaje cultural que moldeó a las sociedades latinoamericanas tanto en el plano de las ideas como en el de las realidades históricas concretas.

Algunos de los intelectuales mencionados concibieron las dinámicas del sistema de ideas provisto por el positivismo como una recepción siempre activa que, de acuerdo con cada caso, variaba en función de las necesidades de las elites políticas e intelectuales locales. Estas ideas fueron abonadas por algunos historiadores de la ciencia que realizaron lecturas críticas sobre el difusionismo y

³⁹ Korn, A. (1949) *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, en Korn, A. *Obras completas*, Volumen III. Buenos Aires: Claridad, p. 196.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 234.

⁴¹ Cfr. Torchia Estrada, J.C. (1961) *La filosofía en la Argentina*. Washington: Unión Panamericana, p. 174 y ss., y Farré, L. (1958) *Cincuenta años de filosofía positivista en Argentina*. Buenos Aires: Peuser.

⁴² Cfr. Pró, D. (1973) *Historia del pensamiento filosófico argentino*. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional De Cuyo, Instituto de Filosofía, col. Historia de la Filosofía Argentina. Serie expositiva, Cuaderno I, pp. 167-170.

propusieron pensar en referencias autóctonas de los países hispanoamericanos en el contexto del cientificismo positivista.⁴³ Se evidenciaban así los límites de las teorías difusionistas, las cuales suponían que los países en vías de desarrollo aplicaban de manera pasiva, automática y acrítica las ideas y prácticas científicas que se generaban y desplegaban en los centros de producción intelectual.

En estas coordenadas, la búsqueda de circunstancias nacionales para pensar el positivismo fue una de las tareas a las que se abocaron los estudios de la década del ochenta en Argentina. Adelantándose a una tendencia generalizada, fue *El positivismo argentino* de Ricaurte Soler la obra que señaló las particularidades de un positivismo con rasgos nacionales. Como afirma Soler, “reconocemos que la expresión ‘positivismo argentino’ no es la más adecuada para designar ese conjunto de direcciones filosóficas. Naturalismo habría sido, quizás, un término más adecuado. Sin embargo, desechar el término positivismo habría implicado desconocer una tradición terminológica fuertemente enraizada en la historiografía del pensamiento hispanoamericano y argentino”.⁴⁴ En la misma línea, Francisco Romero había identificado la estrecha relación del positivismo con la tradición “liberal, laica y civil de la nación”.⁴⁵

Mientras estas contribuciones se publicaban, la historia social de la ciencia se abría paulatinamente un espacio en los ámbitos académicos argentinos. En ese contexto, Marcelo Montserrat destacó la existencia de una “sensibilidad positivista” o “sensibilidad evolucionista” en el contexto de la vida cultural finisecular y de la predominancia de una “filosofía del progreso”⁴⁶ que acompasó la pretensión de las elites de dar cuenta del mundo y ordenarlo de manera racional.⁴⁷

En la producción de la década de 1980 merece una mención aparte el tratamiento que Oscar Terán dio a los intelectuales adscriptos al clima positivista. Durante décadas este destacado historiador argentino utilizó el rótulo de positivismo para dar cuenta de trayectorias individuales y tendencias de pensamiento. Toda una línea historiográfica lleva su sello y está eslabonada por *América Latina: positivismo y nación*,⁴⁸ *José Ingenieros: Pensar la Nación*,⁴⁹ *Positivismo y nación en la Argentina*.⁵⁰

En *Positivismo y nación*, Terán no dudaba en señalar que “como en otros países latinoamericanos, la ideología positivista desempeñó un considerable papel hegemónico, tanto por su capacidad para plantear una interpretación verosímil de estas realidades nacionales cuanto por articularse con instituciones que tramaron un sólido tejido de prácticas sociales en el momento de la consolidación del Estado y la nación a fines del siglo pasado y comienzos del actual.”⁵¹ Subrayaba además, que pese a que el positivismo constituyó la “matriz mental dominante”, otras tendencias ideológicas convivían con éste. Una de sus interpretaciones más destacadas identifica al ensayo positivista como la forma discursiva que articuló las lecturas sobre los efectos indeseados de la modernización y los discursos

⁴³ Sobre este particular, cfr. Weinberg, G. (1998) *La ciencia y la idea de progreso en América Latina 1860-1930*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

⁴⁴ Soler, R. (1968) *El positivismo argentino*. Buenos Aires: Paidós, p. 20.

⁴⁵ Romero, F. (1949) *El positivismo y su influencia. Cursos y conferencias*: 31-35.

⁴⁶ Cfr., entre los más destacados, Montserrat, M. (1980) “La mentalidad evolucionista: Una ideología del progreso”, en Ferrari, G. y Gallo, E. *op. cit.*, pp.785-818.

⁴⁷ Cfr. Weinberg, G., *op. cit.*; Chabran, R. (1987) “The Reception of Darwinism in Argentina”, en Saldaña, J. J. (ed.) *Cross Cultural Difusión of Science: Latin America*. México: Sociedad Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología, pp. 67-76.

⁴⁸ Terán, O. (1983) *América Latina: positivismo y nación*. México: Editorial Katún.

⁴⁹ Terán, O. (1986) *José Ingenieros: pensar la nación*. Buenos Aires: Alianza.

⁵⁰ Terán, O. (1987) *Positivismo y nación en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.

⁵¹ *Ibid.*, p. 11.

útiles y necesarios para “inventar la nación”. Como es sabido, los representantes de este género estudiados más de cerca por Terán en una primera posta de sus trabajos fueron José María Ramos Mejía, José Ingenieros, Carlos Octavio Bunge y Agustín Álvarez.

El rol que Terán le otorgó a estas voces intelectuales tendía a colocarlas en un sitio privilegiado en la construcción de representaciones sobre la sociedad y en la configuración de ideas sobre la nación, pero también en un lugar central en tanto productores de discursos en clave de una “terapéutica de la reformas sociales” que “demanda el preciso conocimiento del campo sobre el cual pretende operar y, para tal fin, se acudirá a una sociología inspirada en los métodos de la ciencias positivistas. Los sujetos habilitados para decir la sociedad y sus males deberán ser tan científicos como escasos, y es a partir de estas minorías del saber como se podrá imaginar una intervención eficaz de los intelectuales sobre la esfera estatal.”⁵²

Los hombres ligados a una sociología inspirada en las ciencias positivas pasaban a ser así considerados una minoría portadora del saber científico y comenzaron a intervenir eficazmente en las esferas estatales.⁵³

Esta mirada acerca de las relaciones entre saber científico, Estado e intelectuales sirvió posteriormente como marco de interpretaciones que, atravesadas por las lecturas del Michel Foucault de *Vigilar y Castigar*,⁵⁴ aventuraron afirmaciones categóricas sobre el “control social” y su efectividad, perdiendo de vista los matices que el propio Terán formuló en sus trabajos.

Pero esta falta de gamas en la recepción de la obra de Terán no se tradujo en una idéntica postura del propio historiador.⁵⁵ En efecto, en los últimos años optó por reemplazar el rótulo de “positivismo” por la tipificación de una “cultura científica” ni única ni excluyente en el ámbito de la intelectualidad argentina finisecular, que convivía con otras expresiones, entre las cuales asumía un marcado protagonismo el “espiritualismo estetizante”. Estas tendencias se habrían disputado un espacio para la construcción de imaginarios sociales y nacionales alternativos en detrimento de una “cultura religiosa” en retroceso. Para dar cuenta de este escenario, Terán analizó itinerarios intelectuales particulares, sumando a los ya transitados el de Ernesto Quesada y, como contrafigura de la cultura científica, Miguel Cané.⁵⁶

Una referencia aparte merece otro aporte de la década de 1980, el artículo “Un nuevo clima de ideas”⁵⁷ de Tulio Halperin Donghi. El autor presenta allí algunas tesis contundentes: 1) 1880 marcaría el paso definitivo del romanticismo al positivismo; 2) la etapa estaría caracterizada por la ausencia de grandes y dominantes personalidades y signada por la existencia de una “dimensión coral en la

⁵² *Ibid*, pp. 46-47.

⁵³ Para una perspectiva sobre los reformadores sociales, cfr. Salvatore, R. (comp.) (1992) *Reformadores sociales en Argentina, 1900-1940: discurso, ciencia y control*. Buenos Aires: Instituto Di Tella/Centro de Investigaciones Sociales.

⁵⁴ Foucault, M. (1989) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI (1ª edición en francés: 1975; 1ª edición en español: 1976).

⁵⁵ Para la evaluación del propio Terán sobre los usos de Foucault en su obra, cfr. Hora, R. y J. Trímboli (1994) *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*. Buenos Aires: El cielo por asalto, p. 63, y Herrero, A. y F. Herrero (1996) *Las ideas y sus historiadores. Un fragmento del campo intelectual de los años noventa*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, pp. 157- 158.

⁵⁶ Cfr. Terán, O. (2000) “El pensamiento finisecular (1880-1916)”, en Lobato, M. (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916). Nueva Historia Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana. Tomo V, pp. 327-364; Terán, O. (2000) *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo*, op. cit. y Terán, O. (2004) “Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980”, en Terán, O. (coord.) *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericana*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp.13-97.

⁵⁷ Halperin Donghi, T. (1980) “Un nuevo clima de ideas”, en Ferrari, G. y E. Gallo, op. cit., pp. 13-24. Republicado con variante en el título, como “1880: un nuevo clima de ideas”, en Halperin Donghi, T. (1998) *El espejo de la historia*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 239-252.

vida de las ideas”;⁵⁸ 3) se habría producido la superación de las luchas ideológicas encarnadas por las facciones políticas típicas de las décadas anteriores; 4) se habría gestado una ampliación de la opinión pública, mientras se asistía al predominio absoluto del movimiento secularizador, que habría teñido todas las facetas del debate de la época.

Estas afirmaciones de Halperin Donghi dejaron fuertes marcas en las interpretaciones posteriores sobre la época. Por un lado, su énfasis en la imposición de un clima de ideas coral abona la idea de que la cultura de la época puede pensarse en términos de una notable homogeneidad en la cual la principal fractura fue la generada por el debate en torno a las reformas laicas. Por su parte, subraya el desdibujamiento de las trayectorias individuales en un clima general que privilegió las formas expresivas corales.

Si el positivismo -entendido en un sentido amplio- fue el foco de análisis predilecto en una parte considerable de las producciones mencionadas, este interés fue secundado por estudios sobre el auge de las ciencias sociales. A una primera camada de contribuciones que estudiaron la recepción e influencias de las vertientes sociológicas clásicas en Argentina⁵⁹ y marcaron potencialidades y límites del despliegue de la disciplina sociológica en el país, se sumó una nueva serie de estudios.

En efecto, en las dos últimas décadas se realizaron contribuciones fundamentales sobre el ingreso de las ciencias sociales en Argentina que aportaron reflexiones sobre la cultura científica del cambio de siglo. Hacia 1880 los discursos e interpretaciones sobre la vida social que encontraron una cantera de vocabulario en las ciencias naturales y comenzaron a tener fuerza pública atravesaron a varias personalidades de la vida intelectual nacional. En este sentido, suele señalarse que un grupo de intelectuales que se instaló en la escena cultural hacia el ochenta y que provenía de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires -“los dos únicos centros que por entonces daban autoridad y credenciales para hablar de cuestiones sociales”- presentó un conjunto de nuevas lecturas acerca de la sociedad argentina.⁶⁰

Carlos Altamirano propone reconocer dentro de este grupo de introductores de las ciencias sociales en Argentina a Juan Agustín García, Ernesto Quesada, Rodolfo Rivarola, José Nicolás Matienzo, José María Ramos Mejía, Francisco Ramos Mejía, José Ingenieros y Carlos Octavio Bunge. El autor señala que la autoridad cultural de estas personalidades descansaba sobre “un saber docto, definido académicamente y practicado según el modelo ‘desinteresado’ de la investigación científica”.⁶¹ Estos hombres estuvieron bajo el influjo del positivismo, entendido en términos de “cultura intelectual más bien ecléctica” y dotado de la legitimidad que las ciencias naturales cedieron a otros ámbitos disciplinares para pensar la sociedad.

En las lecturas sobre las ciencias sociales se reconocen dos vertientes. En algunos estudios se las presenta sobre todo como una matriz para mirar el pasado nacional. Así, en “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, Halperin Donghi sostiene que en los años que van desde la federalización de Buenos Aires hasta el Centenario la producción de relatos históricos argentinos atravesó un

⁵⁸ Halperin Donghi, T. (1998) art. cit., pp. 241 y 242.

⁵⁹ Cfr. Spalding, H. (1976) *Argentine Sociology from the End of the Nineteenth Century to World War One*. Documento de Trabajo n° 52. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella; Agulla, J. C. (1984) “La experiencia generacional de la sociología en la República Argentina”. *Ideas en Ciencias Sociales* 19-23; Barbe, C. (1988) *La presencia italiana en la formación de la sociología y las Ciencias Sociales argentinas*. Documento de Trabajo n° 100. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella.

⁶⁰ Altamirano, C. (2004) “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ‘ciencia social’ en la Argentina”, en Neiburg, F. y Plotkin, M. (comps.) *Intelectuales y expertos: la constitución del conocimiento social en Argentina*. Buenos Aires: Paidós, p. 33.

⁶¹ *Ibid.*, p. 35.

período de confusión e incertidumbre a raíz de la doble crisis de la concepción de la historia dominante en el período anterior y de la forma de expresar los discursos sobre el pasado: la preponderancia de la historia narrativa perdió terreno frente a la exploración de nuevas modalidades ligadas a las ciencias sociales.⁶²

En otro conjunto de trabajos se abordó el ingreso y despliegue de las ciencias sociales en tanto portadoras de materiales intelectuales para pensar y operar sobre la realidad argentina presente y futura, y no como una forma de exploración del pasado. Se ubican en ella estudios que presentan a los primeros científicos sociales como intelectuales que tuvieron un activo rol como promotores de reformas. En esta línea se inscriben los aportes de Eduardo Zimmermann sobre los liberales reformistas,⁶³ colectivo conformado principalmente por médicos y abogados ligados a la vida universitaria que, inspirados por un liberalismo progresista y legalista, impulsaron reformas sociales que pudieran ofrecer una respuesta eficaz a los problemas coyunturales que enfrentaron las elites políticas e intelectuales de la Argentina del cambio de siglo. Así pues, las ciencias sociales habrían de servir como “guías de la política estatal”.⁶⁴

Los promotores de las ciencias sociales del período han sido objeto de considerable atención en las últimas décadas; varias de las figuras mencionadas han recibido tratamientos particulares. Es el caso, por ejemplo, de Joaquín V. González,⁶⁵ Rodolfo Rivarola,⁶⁶ Ernesto Quesada,⁶⁷ José Nicolás Matienzo⁶⁸ y Juan Agustín García.⁶⁹

Existen, por otra parte, análisis que no atendieron exclusivamente a la cultura científica sino a la coexistencia y la superposición de diversas corrientes de pensamiento. En efecto, algunos estudios se han encargado de revelar la complejidad del entramado intelectual vigente en la época. Así, el positivismo, el modernismo, el idealismo, el nacionalismo cultural y ya para la década del veinte las

⁶² Halperin Donghi, T. (1996) “La historiografía argentina, del ochenta al Centenario”, en *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires: El cielo por asalto. Este artículo apareció con un título sumamente sugerente en su primera publicación, a saber “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, en Ferrari, G. y E. Gallo (comps.) *op. cit.*, pp. 829-840.

⁶³ Además de Zimmermann, E. (1995) *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890/1916*. Buenos Aires: Sudamericana/UdeSA, cfr. también Zimmermann, E. (2005) “Libéralisme et sciences sociales en Argentine à la fin du dix-neuvième siècle: des Lumières à la nouvelle ‘connaissance sociale’”, en Roldán, D. (coord.), “Dossier: La question libérale en Argentine au 19ème siècle. Le libéralisme argentin en héritage”. *Les Cahiers ALHIM* 11: 231-255, y Zimmermann, E. (1992) “Racial Ideas and Social Reform: Argentina, 1890-1916”. *Hispanic American Historical Review* 72 (1): 23-46.

⁶⁴ Zimmermann, E. (1992) “Los intelectuales, las ciencias sociales y el reformismo liberal: Argentina, 1890-1916”. *Desarrollo Económico* 31 (124).

⁶⁵ Cfr. Roldán, D. (1993), *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, y Terán, O. (2000) “El pensamiento finisecular (1880-1916)”, cap. cit., p. 334 y ss.

⁶⁶ Cfr. Roldán, D. (comp.) (2006) *Crear la democracia: la Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno de la república verdadera*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

⁶⁷ Cfr., entre otros, Terán, O. (1999) “Ernesto Quesada o cómo mezclar sin mezclarse”. *Prismas. Revista de Historia Intelectual* 3: 37-50 y el capítulo destinado a Quesada en Terán (2000) *op. cit.*; Buchbinder, P. (1995) “Los Quesada en Europa 1873-1874”. *Todo es Historia* 336: 42-55; Zimmermann, E. (1993) “Ernesto Quesada, la época de Rosas y el reformismo institucional del cambio de siglo”, en Devoto, F. (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 37-64; Duve, T. (2002) “El contexto alemán del pensamiento de Ernesto Quesada”. *Revista de Historia del Derecho* 30: 175-199; Tau Anzoátegui, V. (2006) “De la Sociología al Derecho indiano: contrapuntos entre Ricardo Levene y Ernesto Quesada”. *Revista de historia del derecho* 34: 357-417.

⁶⁸ Zimmermann, E. (2006) “José Nicolás Matienzo en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*: los límites del reformismo liberal de comienzos de siglo”, en Roldán, D., *op. cit.*, pp. 269-298.

⁶⁹ Cfr. García, J. A. (2006) *La ciudad indiana, Sobre nuestra incultura y otros ensayos*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, pp. 9-48, con estudio preliminar de Fernando Devoto; Devoto, F. (2002) “Las dos ciudades de Juan Agustín García: de ‘La ciudad Indiana’ a la metrópolis del centenario”. *Estudios Sociales* 22-23: 75-94.

expresiones vanguardistas fueron imponiéndose como universos de referencia no pocas veces superpuestos en la cultura latinoamericana. Estos estudios subrayan un desfase temporal. Mientras que en América Latina campeaba el positivismo, en Europa ya habían surgido impugnaciones provenientes del vitalismo, del espiritualismo y de la escisión de la realidad a partir de la división entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, tendencias a las que se sumaban voces como las de Nietzsche, Bergson y Freud.⁷⁰

En suma, los aportes de las dos últimas décadas muestran la existencia de una floreciente cultura científica y se detienen en sus diversas expresiones: las ciencias sociales, el ensayo positivista, los estudios históricos atravesados por las nuevas tendencias. Mientras que algunos estudios señalan la existencia de un clima ideológico colectivo y homogéneo, otros apuntalan la idea de un notable eclecticismo que hace de la cultura científica una cantera de referencias generales no traducible en una adscripción ideológica única.⁷¹ A pesar de este eclecticismo, la unidad de esta “cultura científica” en la que actuaban los ensayistas del positivismo, los científicos sociales y otros intelectuales es el recurso a la hegemonía indiscutida de la ciencia como organizadora de la realidad y la postulación de lecturas de la sociedad caracterizadas por el causalismo y el determinismo reduccionista en algunos casos, y por la adaptación a las necesidades de las élites de la época, en otros.⁷²

Cuestión nacional y nacionalismo

Hacia fines del siglo XIX los intelectuales comenzaron a ocupar un lugar protagónico en la creación de identidades colectivas.⁷³ Para esta parte del mundo, entre el repertorio identitario se encuentran por un lado las intenciones latinoamericanizantes encarnadas por la vertiente que Oscar Terán denominó “el primer antiimperialismo latinoamericano”,⁷⁴ y por otro -y de manera preponderante- las intervenciones de corte nacionalizante. La bibliografía sobre el tema coincide en señalar que en esta época comenzó a definirse nítidamente la figura del “intelectual público”, el cual actuaba como formador de opinión y organizador de saberes y discursos de corte identitario.⁷⁵

⁷⁰ Para un panorama en perspectiva cfr. Hale, Ch. (1990) “Las ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930”, en Bethell, L. (ed.), *América Latina: cultura y sociedad, 1830-1930*. Barcelona: Crítica, col. Historia de América Latina, tomo VIII, pp. 1-64. Sobre el eclecticismo en tanto tendencia filosófica en Argentina, cfr. Roig, A. (1963) “Notas sobre el eclecticismo en Argentina”. *Revista de Historia Americana y Argentina* tomos V-VI: 159-182.

⁷¹ Cfr. Geli, P. (1990) “Los anarquistas en el gabinete antropométrico. Anarquismo y criminología en la sociedad argentina del 900”. *Entrepasados* 2: 7-24; Zimmermann, E. (s/f) “Entre la virtud cívica y el positivismo: los límites del reformismo liberal argentino, 1890-1920”, mimeo.

⁷² Real de Azúa, C. (1987) “Ambiente espiritual del 900”, en Real de Azúa, C., *Escritos*. Montevideo: Arca, p. 155.

⁷³ La bibliografía sobre estos temas es abundante y variada. Sólo por mencionar algunos ejemplos, Anderson, B. (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica; Bhabha, H. (ed.) (1990) *Nation and narration*, Londres/Nueva Cork: Routledge; Gellner, E. (1983) *Nations and Nationalism*. New York: Cornell University Press; Hobsbawm, E. (1998) *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.

⁷⁴ Terán, O. (1986) “El primer antiimperialismo latinoamericano”, en Terán, O., *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos: 85-97. Nuevas preguntas sobre el latinoamericanismo finisecular pueden verse por ejemplo en Colombi, B. (2004) *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Rosario: Beatriz Viterbo; Ramos, J. (2001) “Hemispheric Domains: 1898 and the Origins of Latin Americanism”. *Journal of Latin American Cultural Studies* 10 (3): 237-251.

⁷⁵ Para estas problemáticas en América Latina, Rama, A. (1989) *Transculturación narrativa en América Latina*. Montevideo: Arca.

Dado que la formación de la nación argentina fue una de las preocupaciones centrales de los intelectuales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, la cuestión de la identidad nacional, el nacionalismo y sus manifestaciones son tópicos abordados por una variedad de estudios históricos.

Lejos de las obras del primer revisionismo,⁷⁶ de las ligadas a la militancia de los cincuentas y los sesentas y de las diversas vertientes del nacionalismo que éstas encarnaron,⁷⁷ varios trabajos publicados desde fines de la década de 1960 centraron su interés en el nacionalismo y los nacionalistas de las décadas de 1920 y 1930. Este es el caso de los aportes escritos por Marysa Navarro Gerassi⁷⁸ y Enrique Zuleta Álvarez.⁷⁹ Mientras que el último se vio especialmente interesado en pensar el nacionalismo como una empresa política, una corriente doctrinaria e ideológica, Navarro explicitó su interés en estudiar lo que denomina “nacionalismo de derecha”, entendido como un conglomerado heterogéneo de ideas que se habría dibujado a partir de 1920.

Posteriormente, Eduardo Cárdenas y Carlos Payá⁸⁰ estudiaron el período de formación inicial del nacionalismo -hacia 1910- y las figuras de Ricardo Rojas y Manuel Gálvez. Los autores postulan que el Centenario fue percibido como un momento de crisis de valores, entendida en términos de decadencia. En ese marco, los intelectuales mostraron su inconformismo con la realidad de su tiempo por medio de tópicos comunes -críticas al progreso material, la inmigración masiva, la corrupción política y la democracia- y presentaron propuestas para frenar la decadencia y la disgregación nacional. Frente a este diagnóstico, la apelación a lo hispánico y la puesta en valor de lo autóctono -el elemento criollo, el interior, el gaucho- aparecieron como elementos pasibles de ser procesados en relatos oficiales sobre la nación desde los cuales cimentar una identidad cohesionada y aglutinante.

A estos estudios se sumó el realizado por Fernando Devoto y María Inés Barbero, quienes trazan un panorama de largo plazo y reconocen diferentes corrientes de nacionalismo de elite: el nacionalismo clásico o republicano, el nacionalismo tradicionalista y el nacionalismo filofascista. Estas manifestaciones se habrían gestado en torno a la década de 1920 y 1930, y habrían encontrado a sus precursores en un nacionalismo previo y de corte más cultural encarnado por Rojas, Gálvez y Lugones.⁸¹

⁷⁶ Sobre el revisionismo histórico, Cattaruzza, A. (1993) “Algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico”, en Devoto, F. (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 113-139; Halperin Donghi, T. (1996) “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista del pasado nacional”, en Halperin Donghi, T., *Ensayos de historiografía, op. cit.*, pp. 107-126; Quattrocchi-Woissón, D. (1987) “Historia y contrahistoria en la Argentina. 1916-1930”. *Cuadernos de Historia Regional* III (9): 34-60.

⁷⁷ Pueden consultarse dos estados de la cuestión que repasan esta producción y la colocan en perspectiva: Barletta, A. M. y Béjar, M. D. (1988) “Nacionalismo, Nacionalismos, Nacionalistas... ¿Un debate historiográfico?”. *Anuario IEHS* 3: 357-383; Echeverría, O. (2002) *Una inteligencia disciplinada y disciplinante. Los intelectuales autoritarios de derechas: su concepción estética e ideológica, la política y la representación de la sociedad. Argentina, primeras décadas del siglo XX*. Tesis Doctoral, Doctorado Interuniversitario en Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional del Centro, pp. 11-14.

⁷⁸ Navarro Gerassi, M. (1969) *Los nacionalistas*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.

⁷⁹ Zuleta Álvarez, E. (1975) *El nacionalismo argentino*. Buenos Aires: La Bastilla.

⁸⁰ Cárdenas, E. y Payá, C. (1978) *El primer nacionalismo argentino*. Buenos Aires: Peña Lillo.

⁸¹ Barbero, M. I. y Devoto, F. (1983) *Los nacionalistas (1910-1932)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. En el mismo sentido, cfr. Piñero, E. (1997) *La tradición nacionalista ante el peronismo, itinerario de una esperanza a una desilusión*. Buenos Aires: AZ, pp. 45-92.

Cuando el interés se trasladó del nacionalismo y los nacionalistas hacia la “cuestión nacional” y la formación de identidades, los focos de atención historiográfica pasaron a retrotraerse a las décadas anteriores al Centenario. Los trabajos de Lilia Ana Bertoni⁸² centran su atención hacia fines del siglo XIX y destacan la simultaneidad de los procesos de consolidación estatal y de construcción de la nacionalidad, acompañados por circunstancias internacionales e internas como la presencia de la inmigración masiva y las tendencias nacionalistas e imperialistas en Europa.⁸³ En consecuencia, Bertoni sostiene que el desafío que atravesaron los grupos en el poder se dirigió hacia diferentes frentes: “construir la nación supuso prioritariamente lograr, a través de un dificultoso proceso, los acuerdos políticos mínimos, la imposición del orden, el armado institucional, jurídico y administrativo; también, dotarla de un punto de partida legítimo y de una historia”.⁸⁴ Las preocupaciones nacionales -y hasta nacionalistas- que cobraron auge en las últimas décadas del siglo XIX se plasmaron en el sistema educativo, las festividades cívicas, las apelaciones al pasado, la construcción de la “memoria oficial de la nación” y la elaboración de una “legitimación de la identidad basada en la apelación al pasado patrio”.⁸⁵

Encuadrado en el mismo período, el trabajo de Lucía Lionetti analiza los modos de aplicación de proyectos de corte modernizador en el ámbito educativo con el objetivo de crear “pequeños patriotas” y ciudadanos republicanos por medio de una serie de políticas destinadas a generar sentimientos de pertenencia a la nación pero también a modelar conductas públicas y privadas.⁸⁶

Otros son los acentos que se subrayan en los centrales trabajos de Fernando Devoto, quien denomina al pasaje del siglo XIX al XX como el momento de “el nacionalismo antes del nacionalismo”. En este sentido, da cuenta del relato fundador de Bartolomé Mitre y su originalidad para presentar una Argentina predestinada desde sus orígenes a la grandeza nacional. Devoto describe el “momento Mitre” como el de un nacionalismo cultural, liberal y democrático.⁸⁷ Posteriormente, la situación configurada en 1880 impuso la necesidad de pensar las formas en las cuales generar un identidad homogeneizante, en la que “la inmigración y la nación, la identidad, la nacionalidad” pasaron a formar parte de un horizonte de preocupaciones de las elites intelectuales y políticas. Este clima habría tenido en el Centenario su momento cumbre.

Además de los estudios específicos sobre la cuestión nacional, diversas evaluaciones se interrogan sobre el peso real que las ideas de sesgo positivista tuvieron en la formación de discursos nacionales en la Argentina. Mientras que en algunos estudios se afirma su total centralidad en los discursos formadores de identidades, en otros se sostiene que se situaron en un plano de igualdad frente a

⁸² Bertoni, L. A. (2001) *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.; (1992) “La naturalización de los extranjeros, 1887-1893: ¿derechos políticos o nacionalidad?”. *Desarrollo económico* 32 (125): 57-77; (1992) “Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* 5: 77-111; (1996) “Soldados, gimnastas, escolares. La escuela y la formación de la nacionalidad a fines del siglo XIX”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* 13: 35-57.

⁸³ Bertoni, L. A. (2001) *op. cit.*

⁸⁴ *Ibid.*, p. 18.

⁸⁵ *Ibid.*, pp. 79 y 80. Las diversas formas en las que se intentó generar una identidad nacional argentina basada en la homogeneidad como forma de representación imaginaria de la nación (la apelación al territorio, la recuperación de lo criollo y lo hispánico en la identidad nacional, las formas de convivencia entre culturas y los intentos de las elites a la hora de generar discursos sincréticos) se hallan tratados en una serie de trabajos reunidos en Quijada, M., C. Bernand y A. Schneider (2000) *Homogeneidad y nación con un estudio de caso, Argentina siglos XIX y XX*. Madrid: CSIC.

⁸⁶ Lionetti, L. (2007) *La misión política de la escuela pública. Formar a los ciudadanos de la república (1870-1916)*. Buenos Aires: Miño y Dávila. De la misma autora puede verse también (2001) “Ciudadanas útiles para la Patria. La educación de las 'hijas del pueblo' en Argentina (1884-1916)”. *The Americas* 58 (2): 221-260.

⁸⁷ Devoto, F. (2003) *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 4-13.

otras tendencias. En este sentido, algunos trabajos consideran que el ensayo positivista fue el impulsor decisivo de la identidad nacional, mientras que, matizando esta tesis, otras contribuciones afirman que la formación de la nación tuvo su principal cantera en voces provenientes del campo académico y profesionalizado de los historiadores.⁸⁸

Estado, ciencia y control social

Algunos estudios que se centraron en la consolidación del Estado en Argentina analizaron el positivismo y la cuestión nacional en cierta clave foucaultiana o en línea con una particular recepción de Foucault.⁸⁹ La creación de dispositivos de disciplinamiento social y corporal, las acciones de una elite preocupada por el control social y la nacionalización, y el análisis del uso de metáforas médicas en los discursos de higienistas, juristas y criminólogos forman parte de preocupaciones en trabajos de carácter histórico y otros provenientes de la crítica literaria y los estudios culturales que pensaron las relaciones entre saberes científicos y jurídicos y la construcción del Estado y la nación en Argentina.

Un estudio pionero y sugerente de Hugo Vezzetti rastreó tempranamente el uso de figuras y metáforas provenientes de la medicina en obras de destacados intelectuales, higienistas y escritores.⁹⁰ Este trabajo examina las formas en las que exponentes de la corporación médica (Rawson, Wilde y Ramos Mejía, entre otros) trataron, desde el higienismo, la medicina legal y la criminología, cuestiones de profilaxis social, mental y moral por medio de lecturas sobre la locura, la degeneración y la simulación. Vezzetti señala que “desde la higiene pública a la medicina mental y la criminología, ciertos intentos de medicalización de la conducta ciudadana convergentes con disposiciones y prácticas jurídicas, penales, pedagógicas están comprometidos en la exigencia de armonizar la modernización y expansión del aparato productivo con el control de la masiva conmoción demográfica debida al caudal inmigratorio.”⁹¹

Sus ideas acerca de la medicalización de las conductas sociales por un lado, y de los discursos de los intelectuales por otro, fueron otra vez tratadas en una contribución de fines de la década de 1980. Se refería allí a una “escritura de origen médico, que se corresponde, por otra parte, con una notable presencia de esa capa profesional en la cultura, la política y la organización del Estado”⁹² y a las percepciones sobre la sociedad argentina, considerada como un “organismo enfermo”.

Partiendo de estas premisas, el autor analiza una franja de la literatura, contenida entre el “ensayo científico” y la “ficción narrativa” -cuyos trabajos califica de “novelas médicas naturalistas”- que apuntaría a un objetivo convergente, “una empresa de regeneración y moralización colectiva, condición postulada para la construcción de una nación moderna”.⁹³ Objetivo que se tradujo en

⁸⁸ Cfr. Devoto, F. (1999) “Entre ciencia, pedagogía patriótica y mito de los orígenes. El momento de surgimiento de la historiografía profesional argentina”, en AA.VV. *Estudios de historiografía argentina II*. Buenos Aires: Biblos, pp. 11-34

⁸⁹ Cfr. Caimari, L. (2005) *Usos de Foucault en la investigación histórica*. Buenos Aires: Universidad de San Andrés, Escuela de Educación, Documento de Trabajo, n° 18.

⁹⁰ Vezzetti, H. (1985) *La locura en Argentina*. Buenos Aires: Paidós.

⁹¹ *Ibid.* p. 12.

⁹² Vezzetti, H. (1989) “Literatura médica: disciplina científica y moralización ciudadana en el 80”, en Bergalli, R. y Mari, E. (coords.) *Historia ideológica del control social (España-Argentina, siglos XIX y XX)*. Barcelona: PPU, p. 549.

⁹³ *Ibid.*, p. 552.

instituciones educativas, de asistencia y de normalización de las conductas ciudadanas inspiradas por “una gigante utopía médico-pedagógica de conocimiento y dominio totales sobre esos aspectos desviados de la vida social”.⁹⁴

Estas ideas aparecen retomadas y ampliadas en estudios posteriores pero con tonos menos matizados. La obra de Jorge Salessi,⁹⁵ por ejemplo, presenta un análisis del despliegue de políticas sanitarias en el contexto de imposición del Estado sobre la sociedad civil hacia fines del siglo XIX y lo considera como un avance cimentado en modelos de análisis higiénicos utilizados para explicar fenómenos sociales y dinamizar mecanismos represivos –Salessi habla de un “control disfrazado de modernización”- para vigilar a los inmigrantes y a todos aquellos que fueran considerados delincuentes o marginales. Los hacedores de estos mecanismos represivos son considerados por el autor como “tecnócratas positivistas que utilizaron las ciencias para revalidar y promover sus funciones como empleados estatales”,⁹⁶ a la vez que pretendían controlar, estigmatizar y criminalizar una cultura homosexual y travestida con peso destacado en la Argentina finisecular.

En un tono acorde con el de Salessi, los trabajos de Gabriela Nouzeilles se proponen dar cuenta del pacto establecido entre la literatura, el nacionalismo y el saber médico hacia fines del siglo XIX,⁹⁷ con atención en las obras que bautiza como “ficciones somáticas”, es decir, novelas naturalistas que “se presentaron como ejercicios de diagnóstico de patologías sociales según los principios del saber médico”.⁹⁸ Desde esta perspectiva, médicos, higienistas y exponentes de la corriente estética del naturalismo habrían sido los responsables de establecer fronteras entre lo normal y lo patológico dentro de los confines de la sociedad nacional.⁹⁹

En el plano de las contribuciones provenientes de la historiografía, existen algunos estudios que se centran en los tópicos vinculados al control social practicado por el Estado en el contexto de la modernización. Ciertos trabajos de Ricardo Salvatore, por ejemplo, dan cuenta del surgimiento de un Estado-médico legal en la Argentina, organizado en torno a una serie de discursos y acciones ligados a los saberes médicos que supusieron la “medicalización de los problemas sociales”.¹⁰⁰ En una línea comparable, el trabajo de Kristin Ruggiero explora las formas en las que las ideas de degeneración y contagio cobraron protagonismo discursivo en el vocabulario

⁹⁴ *Ibid.*, p. 552.

⁹⁵ Salessi, J. (1995) *Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina (Buenos Aires: 1871-1914)*. Rosario: Beatriz Viterbo. Argumentos afines a los de Salessi pueden verse entre otros en Ferrás, G. (2003) “La figura del extranjero en el proyecto político-cultural de las élites”, en Villavicencio, S. (ed.) *Los contornos de la ciudadanía. Nacionales y extranjeros en la Argentina del Centenario*. Buenos Aires: Eudeba, pp. 131-152.

⁹⁶ Salessi, J., *op. cit.*, p. 47.

⁹⁷ Cfr. Nouzeilles, G. (2000) *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Rosario: Beatriz Viterbo; (1999) “Políticas médicas de la histeria: mujeres, salud y representación en el Buenos Aires del fin de siglo”. *Mora. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género* 5: 97-110, y (1997) “Ficciones paranoicas de fin de siglo: naturalismo argentino y policía medica”. *MLN* 112 (2): 232-252.

⁹⁸ Dos estudios pioneros que revisaron este corpus con anterioridad son Onega, G. S., *op. cit.*, y Campanella, H., (1981) “El pensamiento positivista y los factores sociales en la novela porteña de fines del siglo XIX”. *Boletín del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires* 95: 29-38.

⁹⁹ Nouzeilles, G. (2000) *op. cit.*, pp. 21-22.

¹⁰⁰ Cfr. Salvatore, R. (1992) “Criminology, Prison Reform, and the Buenos Aires Working Class”. *Journal of Interdisciplinary History* 23 (2): 279-299; (2000) “Criminología positivista, reforma de prisiones y la cuestión social/obrero en Argentina”, en Suriano, J. *La cuestión social en la Argentina 1870-1943*. Buenos Aires: La Colmena, pp. 127-158; (2001) “Sobre el surgimiento del estado médico legal en la Argentina (1890-1940)”. *Estudios Sociales* 20: 81-114.

de las elites del fin de siglo.¹⁰¹ Los trabajos de Julia Rodríguez,¹⁰² por su parte, presentan una alianza cómplice entre los hombres de la política y la ciencia cuyo fracaso habría contribuido a gestar una Argentina intrínsecamente autoritaria.¹⁰³

Amateurs y profesionales

Con la expresión “modernización literaria latinoamericana” Ángel Rama sintetizó las dinámicas intelectuales que se desplegaron entre 1870 y 1910. Rama afirma que una vez que cierto ordenamiento institucional se extendió en la mayoría de las naciones latinoamericanas, comenzaron a delinarse con mayor claridad diferentes roles intelectuales. Entre las grandes transformaciones del período, Rama destaca el despliegue de una autonomía artística disociada de las improntas coloniales de España y Portugal, la especialización literaria y artística, la apertura hacia novedades de distintas latitudes, el surgimiento de un público educado que demandaba novedades extranjeras, la búsqueda de los rasgos distintivos de las culturas nacionales y de la cultura regional latinoamericana.¹⁰⁴

En este marco, la articulación entre intelectuales y público se convirtió en un fenómeno que encontraba en el variado conjunto de manifestaciones del periodismo un canal prioritario para la circulación y el consumo de ideas. Las universidades, por su parte, comenzaron a ser reductos en los que los nuevos grupos emergentes hallaron un espacio para acceder a saberes y profesiones que garantizaban a la vez cierta inserción y posibilidades de ascenso social. Se delineaba así una cierta especialización de las tareas intelectuales, en lo que algunos autores denominan la “división del trabajo intelectual” dentro del campo de la cultura. La especialización y la modernización de la educación secundaria y universitaria generaron, a su vez, la profesionalización de diversas disciplinas y ramas del saber. El ámbito cultural, antes vedado a actores provenientes de familias tradicionales, comenzó a ser más diversificado, abierto a jóvenes provenientes de los nuevos sectores en ascenso.¹⁰⁵

Este proceso de modernización cultural, descrito aquí en sus trazos principales, comenzó a presentar nuevos matices hacia los centenarios de las independencias, momento que significó una torsión en los roles de los intelectuales de América Latina. En el caso argentino, hacia 1910 figuras que eran consideradas anteriormente como letrados comenzaron a encasillarse dentro de funciones más específicas. Quedaban delimitados así los terrenos en los que los intelectuales podían desarrollar su actividad.

¹⁰¹ Además de Ruggiero, K. (2004) *Modernity in the flesh. Medicine, Law, and Society in Turn-of-the-Century Argentina*. California: Stanford University Press, pueden consultarse sus trabajos (2002) “The Devil and Modernity in Late Nineteenth-Century Buenos Aires”. *The Americas* 59 (2): 221-233, y (2001) “Passion, Perversity, and the Pace of Justice in Argentina at the Turn of the Last Century”, en Salvatore, R., C. Aguirre y G. Joseph (2001) *Crime and punishment in Latin America: law and society since late colonial times*. Durham: Duke University Press, pp. 211-232.

¹⁰² Rodríguez, J. (2006) *Civilizing Argentina. Science, Medicine, and the Modern State*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

¹⁰³ En otros trabajos la autora se concentra en los criminólogos. Cfr. Rodríguez, J. (2004) “South Atlantic Crossings: Fingerprints, Science, and the State in turn-of-the-Century Argentina”. *The American Historical Review* 109 (2): 387-416.

¹⁰⁴ Rama, A. (1983) “La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)”. *Hispania. Revista de literatura* 36: 3-19. Cfr. también Martínez, A. (1995) *Figuras. La modernización intelectual de América Latina: 1850-1930*. Caracas: Fondo Editorial Topykos.

¹⁰⁵ Puede verse para el caso argentino Losada, L. (2006) “La alta sociedad, el mundo de la cultura y la modernización en la Buenos Aires del cambio del siglo XIX al XX”. *Anuario de Estudios Americanos* 63 (2): 171-193.

Los estudios sobre estos fenómenos alcanzaron cierto auge en las últimas dos o tres décadas. Existen numerosas contribuciones provenientes de la historiografía, la crítica y la historiografía literaria que concentran la atención en los paulatinos procesos de especialización y profesionalización del mundo intelectual de la Argentina del pasaje del siglo XIX al XX.

Estudios canónicos como el de David Viñas ya habían postulado una transición entre la figura del *gentleman*-escritor y la del profesional de la literatura. La literatura, que en un primero momento “no era oficio sino privilegio de la renta”,¹⁰⁶ habría dejado paso a una nueva etapa signada por “un desplazamiento del predominio de los escritores con apellidos tradicionales a la aparición masiva y la preeminencia de escritores provenientes de la clase media y, en algunos casos, de hijos de inmigrantes”, ejemplificada por la aparición de apellidos como Giusti y Bianchi o, en el marco de la historiografía, de Ravignani, Levene y Molinari.

Estas ideas fueron retomadas en el marco del ya clásico ensayo de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, quienes pusieron en diálogo los tópicos sobre el nacionalismo cultural y la actividad literaria de la generación del 900 y mostraron las formas específicas de diferenciación y consolidación del campo intelectual en el proceso de modernización.

En este conjunto de estudios suele delinearse, en trazos generales, un esquema temporal bipartito. En una primera etapa, el ambiente intelectual es presentado como un escenario difuso, fragmentario, habitado por personalidades -amateurs o diletantes- que cumplen roles diversos. En una imagen que presenta similitudes entre el ambiente cultural de distintas naciones hispanoamericanas, este espacio intelectual -caracterizado como carente de fronteras precisas- estaría definido por una superposición de los ámbitos político y cultural. La segunda etapa -acaecida hacia los centenarios- asiste a la profesionalización de las diversas disciplinas, momento en el que los intelectuales comienzan a encasillarse dentro de roles más específicos. Este segundo momento, aparece pues signado por la emergencia de un mercado cultural especializado, el surgimiento de la ideología del artista, la génesis de la imagen del escritor, el periodista, el historiador profesional y el surgimiento de instituciones que oficiaron como marco de estos fenómenos: facultades, departamentos, institutos y cátedras dotaron a las disciplinas especializadas de un encuadre referencial visible y de mecanismos de funcionamiento constantes. Entre la bibliografía relevada se destacan algunos aportes que examinan las dinámicas concretas de las ciencias sociales,¹⁰⁷ la historia,¹⁰⁸ la literatura¹⁰⁹ y otras disciplinas¹¹⁰ como ramas institucionalizadas del saber y no ya como prácticas de diletantes, aficionados, amateurs, improvisados o literatos de ocasión.

¹⁰⁶ Viñas, D. (1982) *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 230-231.

¹⁰⁷ Cfr., entre otros, Barbé, C. y M. Olivieri (1992) “Sociología, storia sociale e scienza politica in Argentina sino alla crisi del positivismo”, en AA.VV., *Sociología, storia, positivismo, op. cit.*, pp. 237-396; Altamirano, C. “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ‘ciencia social’ en la Argentina”, art. cit.; González, H. (comp.) (2000) *Historia crítica de la Sociología Argentina, los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*. Buenos Aires: Colihue.

¹⁰⁸ Cfr., entre otros, Buchbinder, P. (1996) “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”* 13: 59-82; Cattaruzza, A. y A. Eujanián (2003) *Políticas de la Historia*. Buenos Aires: Alianza; Prado, G. (2001) “La historiografía argentina del siglo XIX en la mirada de Rómulo Carbia y Ricardo Levene: problemas y circunstancias de la construcción de una tradición. 1907-1948”, en Pagano, N. y M. Rodríguez, *La historiografía rioplatense en la posguerra*. Buenos Aires: La Colmena, pp. 39-65; Myers, J. (2004) “Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1890 y 1930”, en Neiburg, F. y M. Plotkin (comps.) *op. cit.*, pp. 67-106.

¹⁰⁹ Cfr. Altamirano, C. (1997) “La fundación de la literatura argentina” y Altamirano, C. y B. Sarlo (1997) “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en Altamirano, C. y B. Sarlo, *op. cit.*; Rivera, J. (1998) *El escritor y la industria cultural*. Buenos Aires: Atuel; AA.VV. (1980) *La profesionalización de la crítica literaria*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

En la bibliografía disponible pueden reconocerse dos posiciones diferenciadas sobre la relación entre modernización literaria y política. Mientras que algunos historiadores abonan la tesis de un progresivo deslinde entre los campos intelectual y político,¹¹¹ otros sostienen que la profesionalización de las disciplinas no se tradujo en su instantánea escisión: los intelectuales habrían continuado estando, de alguna manera, condicionados por los tiempos y las demandas del poder.¹¹²

Visión en perspectiva

De lo expuesto se desprende que la bibliografía relevada reconoce cuatro elementos predominantes para pensar en las figuras intelectuales, sus ideas y roles en la Argentina de entre-siglos: la clase social, el Estado, la nación y el mercado. Estas cuatro referencias fundamentales se combinan de diversa forma en los universos hermenéuticos de la producción académica revisada.

En un esfuerzo de ordenamiento, se puede sostener que en una primera forma interpretativa, engrosada por los trabajos que definieron a la “generación del ‘80”, los intelectuales fueron evaluados por su pertenencia de clase o por sus vínculos con el Estado más que como hombres de ideas. Esta interpretación delineó una tendencia: en el marco de lecturas que presentan un elenco homogéneo de personalidades privilegiando similitudes y puntos en común, en desmedro de particularidades y aspectos individuales, la utilización de fuertes rótulos fue una operación repetida durante algunas décadas. Ya el estudio pionero de Ricardo Rojas había propuesto la fórmula “prosistas fragmentarios” para referirse a aquellos hombres acomodados que se dedicaban a las letras en su tiempo de ocio.¹¹³ Por su parte, durante los sesentas, como se destacó, se impusieron las apreciaciones que leyeron a la intelectualidad en términos de complicidad con el Estado e intereses de clase. Con los matices que caracterizan su pluma, David Viñas acuñó eficaces rótulos: *gentleman*-escritor, *causeur*, viajero-estético, *dandy*, *clubman*, diletante. Algunas fórmulas contaron con una amplia aprobación, como es el caso de “intelectual-político”, “hombre del régimen” o “literato oficial”. De este modo, los hombres ligados al rótulo clásico de

¹¹⁰ Puede verse un panorama general acerca de varias disciplinas en Neiburg, F. y M. Plotkin (comps.), *op. cit.* Para el caso de las ciencias naturales y disciplinas vinculadas, pueden consultarse los siguientes aportes: Mantegari, C. (2003) *Germán Burmeister. La institucionalización científica en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Jorge Baudino Ediciones-UNSAM; Camacho, H. (1971) *Las ciencias naturales en la Universidad de Buenos Aires. Estudio histórico*. Buenos Aires: Eudeba; Graciano, O. (2004) “Los caminos de la ciencia. El desarrollo inicial de las Ciencias Agronómicas y Veterinarias en Argentina, 1860-1910”. *Signos Históricos* 12: 9-36. Para una aproximación al campo de la psicología, Vezzetti, H. (1988) *El nacimiento de la psicología en Argentina. Pensamiento psicológico y positivismo*. Buenos Aires: Puntosur; Plotkin, M. (2003) *Argentina on the couch. Psychiatry, state and society, 1880 to the present*. Albuquerque: University of New Mexico Press. Para el caso de la medicina, González Leandri, R. (2000) “Notas acerca de la profesionalización médica en Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XIX”, en Suriano, J., *La cuestión social en la Argentina 1870-1943, op. cit.*, pp. 217-244; González Leandri, R. (1999) *Curar, persuadir, gobernar. La construcción histórica de la profesión médica en Buenos Aires, 1852-1886*. Madrid: CSIC; González Leandri, R. (1997) “Académicos, doctores y aspirantes. La profesión médica y la reforma universitaria: Buenos Aires, 1871-1876”. *Entrepasados* 12: 32-54; González Leandri, R. (1996) “La profesión médica en Buenos Aires: 1852-1870”, en Lobato, M. (ed.) *Política, médicos y enfermedades. Lecturas de historia de la salud en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Biblos/Universidad de Mar del Plata, pp. 21-56. Para el caso de la ciencia política, Fernández, A. (comp.) (2002) *Ciencia Política en Argentina. Dos siglos de historia*. Buenos Aires: Biebel; Bulcourf, P. y D'Alessandro, M. (2002) “La ciencia política en la Argentina. Desde sus comienzos hasta los años 80”. *Revista de Ciencias Sociales* 13: 139-230.

¹¹¹ Pueden encontrarse distintas miradas al respecto en Altamirano, C. y Sarlo, B. (1997) art. cit., pp. 201-209 y Ramos, J. (1989) *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

¹¹² Entre otros, cfr. Dalmaroni, M. (2006) *Una república de las letras: Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*. Rosario: Beatriz Viterbo.

¹¹³ Esta mirada ha sido ampliamente discutida y superada. Cfr., entre otros, Laera, A. (2003) *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

“generación del ‘80” fueron analizados como manifestaciones de un tipo social o como miembros de un régimen político más que como hombres de la cultura.

La segunda zona de coherencia reúne las contribuciones que dan cuenta de la existencia de un clima de ideas signado por el positivismo o la “cultura científica” y los aportes que centran su atención en la cuestión nacional, el nacionalismo y sus voces. En estas dos franjas de estudios, los intelectuales son evaluados en función de sus relaciones con las demandas de la nación y el Estado; las figuras ligadas a la cultura científica y a la cuestión nacional y sus manifestaciones son generalmente interpretadas en términos de voces representativas o sintomáticas surgidas para dar cuenta de las incongruencias de los procesos modernizadores argentinos. En este sentido, ciertas trayectorias tuvieron un tratamiento casi exclusivo. José Ingenieros, Ernesto Quesada, José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge, Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, Joaquín V. González, sirvieron para dar cuenta de “paradigmas” interpretativos sobre problemas coreados por los intelectuales de las décadas que van desde 1880 al Centenario: las lecturas sobre la configuración de una sociedad plural signada por la inmigración y el fenómeno multitudinario, la preocupación por la nacionalización y la construcción de la identidad nacional, la cuestión social, los desafíos de la apertura política, los efectos no deseados de la modernización. De este modo, la búsqueda de voces paradigmáticas y sus definiciones en relación con la cuestión nacional y el Estado atravesaron gran parte de las producciones que se ocupan de la vida intelectual del período.

Dentro de una tercera tendencia predominante, los intelectuales son también pensados en función de sus relaciones con el Estado y la nación. En este conjunto se inscriben las contribuciones que estudian las formas del control y disciplinamiento social, algunos de cuyos exponentes tienden a presentar conclusiones un tanto categóricas acerca de los intelectuales y sus relaciones con las esferas estatales. Obras y trayectorias de médicos, juristas, criminólogos, científicos sociales, ensayistas y novelistas parecen estar totalmente abocadas a satisfacer las demandas de un Estado casi siempre descrito en términos de un agregado de instituciones que exhibe un funcionamiento aceitado y eficaz. La intelectualidad de la época aparece asociada en forma casi automática a la elite política -casi como un engranaje del aparato estatal- y, por tanto, desprovista de márgenes de autonomía. Otros aportes más matizados plantean en cambio las posibilidades que los intelectuales encontraron dentro de las instituciones estatales para desplegar su actividad de manera estratégica.

El cuarto núcleo interpretativo dominante está conformado por los aportes en los que el Estado y el mercado aparecen como los elementos para pensar los grados de autonomía o dependencia del ámbito intelectual. Es decir, en los textos que estudian los procesos de especialización y profesionalización intelectual. Mientras que en algunos estudios se instaló la idea de que entre 1880 y 1910 el espacio de la cultura no puede deslindarse de los ritmos, los tiempos y los escenarios de la política, otros postulan la existencia de matices. De cualquier manera, la mayoría coincide en señalar la división entre un período preprofesional, en el cual las tareas intelectuales eran ejercidas por diletantes o amateurs, y una posterior etapa de especialización disciplinar.

En conclusión, se delinean en la bibliografía revisada algunas tendencias interpretativas. Entre ellas, se destacan las siguientes: que entre las décadas finales del siglo XIX y las iniciales del siglo XX los hombres de letras son pasibles de ser estudiados solamente en relación a elementos no estrictamente culturales y que, a su vez, la esfera cultural no contaba con ritmos propios. En líneas generales, parte de la historiografía aquí presentada aceptó esta caracterización o bien subsumió los perfiles de los hombres de cultura en función de coordenadas como la pertenencia de clase o grupo social, las relaciones con el Estado y la nación, y los vínculos con el mercado.

Puede sugerirse que ha sido común inscribir a los intelectuales del cambio de siglo en un ambiente cultural subordinado a los tiempos estatales, de la política o del mercado, u homologar sus acciones a prácticas de un grupo distinguido. Planteado este escenario,

ESTADOS DE LA CUESTIÓN

queda abierta la posibilidad del surgimiento de una nueva agenda de investigación para estudios que tengan interés en los rasgos específicamente culturales de la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX y atiendan a trayectorias, dinámicas, instituciones y prácticas de la vida intelectual que no llamaron demasiado la atención aún en la historiografía argentina y que -siempre atendiendo a los puentes con los procesos de carácter político, social y económico- pueden aportar interpretaciones novedosas sobre cómo fue la cultura del país en el contexto de la llamada modernización.